

EL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER Y LA CULTURA DE LA VIDA

Alexandra Loría

Como introducción es importante definir lo que entendemos como cultura de la vida. Recorro para esto, a lo dicho en marzo de este año, por el Papa Juan Pablo II al dirigirse a los 125 participantes que asistieron a la VII Asamblea General de la Pontificia Academia para la Vida: *«No es suficiente, aunque sea necesario y obligado, limitarse a exponer y denunciar los efectos letales de la cultura de la muerte. Hace falta más bien regenerar continuamente el tejido interior de la cultura contemporánea, entendida como mentalidad vivida, como conjunto de convicciones y comportamientos, como estructuras sociales que la mantienen»*. El Papa recordaba en aquella oportunidad que la cultura influye, no sólo en las opciones del individuo, sino también en las decisiones legislativas, políticas y de la investigación científica. Y, como en un círculo cerrado, a su vez, las opciones políticas orientan los impulsos culturales «que en muchas ocasiones obstaculizan desgraciadamente la auténtica renovación de la sociedad».

De este modo, la investigación científica, que hoy como nunca goza de grandes medios, corre el riesgo de «moverse en muchos campos, incluso contra el hombre». ¿Qué hacer ante este panorama? Los medios de comunicación, el testimonio personal, la capacidad de diálogo, de escucha, de propuesta, son modos para difundir una cultura de la vida «que mire al progreso integral del hombre».

Pero, ante todo, es necesario un punto de apoyo: un entusiasmo radicado en la fe que sostenga al creyente.

«La vida vencerá: para nosotros ésta es una esperanza segura. Sí, vencerá la vida, porque la verdad, el bien, la alegría y el verdadero progreso están de parte de la vida. Dios, que ama la vida y la da con generosidad, está de parte de la vida». La encíclica *Evangelium Vitae* recordaba que «el evangelio de la Vida no es ni una simple reflexión, ni un mandamiento para sensibilizar a la sociedad, sino una realidad concreta y personal porque consiste en el anuncio de la misma persona de Cristo».

«Cristo» subrayó el Papa, «es la resurrección y la vida». Él que «ha dado su vida para vencer nuestra muerte y para asociar al hombre a su resurrección». Juan Pablo II concluyó aclarando, además, que el diálogo entre fe y razón refuerza la cultura de la vida, cuyas instancias son el derecho a vivir. La «cultura de la vida», concluyó el Papa, se basa en tres valores fundamentales, sin los cuales «no se puede tener una sociedad sana ni garantía de paz y justicia»: la defensa de la vida desde su concepción hasta la muerte, la promoción de la familia y la tutela del ambiente. Frente al anterior resumen de la disertación del Papa Juan Pablo II podemos preguntarnos:

¿Cuál fue el pensamiento de Monseñor Escrivá de Balaguer en torno a este tema?

¿Dejaron sus enseñanzas bases fundamentales sobre las cuales podemos apoyarnos para la construcción de la cultura de la vida?

Pretendemos contestar en forma afirmativa esas preguntas de la siguiente manera:

La defensa de la vida desde su concepción hasta la muerte

En relación con el primer valor fundamental, la defensa de la vida desde su concepción hasta la muerte natural, es de vital importancia para la cultura de la vida. También es capital una correcta educación de la sexualidad pues ha sido, precisamente, la banalización del sexo uno de los detonantes que más ha impulsado el aborto.

En relación con el tema de la sexualidad el pensamiento del Beato Josemaría es riquísimo, en el número 121 de *Camino*, como adivinando lo que actualmente estamos viviendo, nos indica: *Hace falta una cruzada de virilidad y de pureza que contrarrestre y anule la labor salvaje de quienes creen que el hombre es una bestia. –Y esa cruzada es obra vuestra.*

Monseñor Escrivá de Balaguer supo dar a cada cosa su lugar. En el número 360 de *Camino* tenemos una mezcla del valor que le daba al matrimonio, sin menospreciar el valor del celibato para aquellos a quienes Dios les da otra vocación. *¿Cómo te reías, noblemente, cuando te aconsejé que pusieras tus años mozos bajo la protección de San Rafael!: para que te lleve a un matrimonio santo, como al joven Tobías, con una mujer buena y guapa y rica –te dije–, bromista. Y luego, ¿qué pensativo te quedaste!, cuando seguí aconsejándote que te pusieras también bajo el patrocinio de aquel apóstol adolescente, Juan: por si el Señor te pedía más.*

El Beato Josemaría Escrivá estaba muy consciente del valor del matrimonio, y de que el respeto a ese sacramento debe vivirse antes de contraer nupcias, todo lo cual quedó reflejado en el número 120 de *Camino* que nos dice: *¿Pureza? Preguntan. Y se sonríen. –Son los mismos que van al matrimonio con el cuerpo marchito y el alma desencantada. Os prometo un libro –si Dios me ayuda– que podrá llevar este título: “Celibato, Matrimonio y Pureza”.*

El Movimiento Pro-Vida a nivel mundial ha comprobado que, para erradicar el aborto, es necesario educar correctamente a los niños, niñas y adolescentes y re-educar a los adultos, hacia una sexualidad proyectada hacia el amor y no hacia el egoísmo de buscar satisfacer el propio placer, como si éste fuera el único y supremo bien.

En este sentido las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá son de valiosísima importancia.

Siempre dentro del primer valor fundamental señalado por el Santo Padre, es decir la defensa de la vida desde el momento de la concepción hasta la muerte natural, la herencia que nos dejó el Beato Josemaría, sobre el respeto que le debemos a la persona humana en especial a los enfermos terminales, es extensa.

Recordemos que el Opus Dei nació en los hospitales y barrios pobres de Madrid. Para muchos es inimaginable que fuera precisamente en los lugares más míseros donde buscarse riquezas: el Hospital del Rey, el Patronato de Enfermos, el Hospital General de la calle de Santa Isabel y el Hospital de la Princesa en San Bernardo.

Salvador Bernal, en su libro Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei, nos dirá:

“El día de San José, de 1975, confiaba a algunos fieles de la Obra en Roma:

Pasó el tiempo. Fui a buscar fortaleza en los barrios más pobres de Madrid. Horas y horas por todos los lados, todos los días, a pie de una parte a otra, entre pobres vergonzantes y pobres miserables que no tenían nada de nada; entre niños con los mocos en la boca, sucios, pero niños, que quiere decir almas agradables a Dios... Fueron muchas horas en aquella labor, pero siento que no hayan sido más. Y en los hospitales, y en las casas donde había enfermos, si se pueden llamar casas a aquellos tugurios... Eran gente desamparada y enferma; algunos, con una enfermedad que entonces era incurable, la tuberculosis.

... El 2 de julio de 1974, en el Colegio Tabancura de Santiago de Chile alguien le pidió que explicase por qué decía que *el tesoro del Opus Dei son los enfermos...* Y despacio, como saboreando los recuerdos, Mons. Escrivá de Balaguer habló de un sacerdote que tenía 26 años, la gracia de Dios, buen humor y nada más. No poseía virtudes, ni dinero. Y debía hacer el Opus Dei... ¿Y sabes cómo pudo?”, preguntaba:

Por los hospitales. Aquel Hospital General de Madrid cargado de enfermos, paupérrimos, con aquellos tumbados por la crujía, porque no había camas. Aquel Hospital del Rey, donde no había más que tuberculosos, y entonces la tuberculosis no se curaba... ¡Y ésas fueron las armas para vencer! ¡Y ése fue el tesoro para pagar! ¡Y ésa fue la fuerza para ir adelante! (...) Y el Señor nos llevó por todo el mundo, ... , gracias a los enfermos, que son un tesoro...

Salvador Bernal también nos dirá que en Lisboa, en noviembre de 1972, el Beato Josemaría se refería al sentido cristiano del dolor:

Te encontrarás también con el dolor físico, y feliz en ese sufrimiento. Me has hablado de Camino. No me lo sé de memoria, pero hay una frase que dice: bendito sea el dolor, amado sea el dolor, santificado sea el dolor, glorificado sea el dolor. ¿Te acuerdas? Eso lo escribí en un hospital, a la cabecera de una moribunda a quien acababa de administrar la Extremaunción. ¡Me daba una envidia loca! Aquella mujer había tenido una gran posición económica y social en la vida, y estaba allí, en un camastro de un hospital, moribunda y sola, sin más compañía que la que podía hacerle yo en aquel momento, hasta que murió. Y ella repetía, paladeando, ¡feliz!: bendito sea el dolor –tenía todos los dolores morales y todos los dolores físicos–, amado sea el dolor, santificado sea el dolor, ¡glorificado sea el dolor! El sufrimiento es una prueba de que se sabe amar, de que hay corazón.

Quienes hemos asistido a enfermos terminales sabemos por experiencia que aquellos enfermos que se sienten amados no desean la muerte. Precisamente esa es el arma para combatir la eutanasia: en los cuidados paliativos y el amor.

El Beato Josemaría Escrivá trató a todos esos enfermos con mucho amor, eran su *tesoro*; apenas lo veían llegar, esos enfermos se llenaban de alegría. Si todos actuáramos así, como actuó el Beato Josemaría, la eutanasia no existiría en este mundo como una opción legal.

La promoción de la familia

Pasando al segundo valor fundamental de la cultura de la vida señalado por el Papa Juan Pablo II, hablaremos de la promoción de la familia.

Encontramos también que son muchas las enseñanzas del Beato Escrivá de Balaguer en relación con este tema. El punto número 26 de *Camino* nos señala: *El matrimonio es un sacramento santo. –A su tiempo, cuando hayas de recibirlo, que te aconseje tu director o tu confesor la lectura de algún libro provechoso.—Y te dispondrás mejor a llevar dignamente las cargas del hogar.*

En el número 27 de *Camino* quedó patente su respeto al matrimonio y el buen humor con que formaba a los jóvenes que estaban a su alrededor: *¿Te ríes porque te digo que tienes ‘vocación matrimonial’? –Pues la tienes: así, vocación. Encomiéndate a San Rafael, para que te conduzca castamente hasta el fin del Camino, como a Tobías.*

Sobre el matrimonio propiamente en *Conversaciones* (108) nos dirá: *Los matrimonios tienen gracia de estado –la gracia del sacramento– para vivir todas las virtudes humanas y cristianas de la convivencia: la comprensión, el buen humor, la paciencia, el perdón, la delicadeza en el trato mutuo. Lo importante es que no se abandonen, que no dejen que les domine el nerviosismo, el orgullo o las manías personales. Para eso, el marido y la mujer deben crecer en vida interior y aprender de la Sagrada Familia a vivir con finura –por un motivo humano y sobrenatural a la vez– las virtudes del hogar cristiano. Repito la gracia de Dios no les falta. Si alguno dice que no puede aguantar esto o aquello, que le resulta imposible callar, está exagerando para justificarse. Hay que pedir a Dios la fuerza para saber dominar el propio capricho; la gracia, para saber tener el dominio de sí mismo.*

También es importante resaltar, para la promoción de la cultura familiar, el tiempo que los matrimonios debemos dedicar a nuestros hijos, así lo dejó plasmado: *Escuchad a vuestros hijos, dedicadles también el tiempo vuestro, mostradles confianza: creedles cuanto os digan, aunque alguna vez os engañen: no os asustéis de sus rebeldías, puesto que también vosotros a su edad fuisteis más o menos rebeldes; salid a su encuentro, a mitad de Camino, y rezad por ellos, que acudirán a sus padres con sencillez –es seguro, si obráis cristianamente así–, en lugar de acudir con sus legítimas curiosidades a un amigote desvergonzado o brutal. Vuestra confianza, vuestra relación amigable con los hijos, recibirá como respuesta la sinceridad de ellos con vosotros: y esto, aunque no falten contiendas e incomprendiones de poca monta, es la paz familiar, la vida cristiana (Es Cristo que pasa, 29).*

De las enseñanzas del Fundador del Opus Dei podemos concluir su respeto al matrimonio y a la familia. Su pensamiento al matrimonio, origen esencial de la familia y de respeto a la familia, célula básica de la sociedad. Estaba convencido de que si se corrompe el matrimonio, inevitablemente se destruye la familia, y destruida la familia, se destruye la sociedad. Precisamente la crisis de valores que vivimos en la actualidad se debe, entre otras cosas, a que se ha perdido el sentido y el valor de la familia.

La tutela del ambiente

Hablaremos ahora del tercer valor fundamental de la cultura de la vida: el respeto al medio ambiente. En el punto 114 de *Conversaciones* encontré una referencia en la que afirma que el mundo es bueno; el Beato Josemaría dice: *Lo he enseñado constantemente con palabras de la Escritura Santa: el mundo no es malo, porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque Yaveh lo miró y vio que era bueno (Cfr. Gen 1, 7 y ss.). Somos los hombres los que lo hacemos malo y feo, con nuestros pecados y nuestras infidelidades. No lo dudéis, hijos míos: cualquier modo de evasión de las honestas realidades diarias es para vosotros, hombres y mujeres del mundo, cosa opuesta a la voluntad de Dios (Conversaciones, 114).*

Evidentemente, la enseñanza del Fundador del Opus Dei en este sentido –que el mundo es bueno, que ha salido de las manos de Dios–, debe movernos a respetar el medio ambiente. Junto a lo dicho conviene recordar el punto número 695 de *Forja* que nos recuerda nuestro deber, como hijos de Dios, de obedecer todas las leyes, también las que se refieren al cuidado del medio ambiente: *Cristiano: estás obligado a ser ejemplar en todos los terrenos, también como ciudadano, en el cumplimiento de las leyes encaminadas al bien común.*

Por último, el Papa Juan Pablo II nos ha solicitado *una renovación del tejido social*, a efecto de promover la cultura de la vida y contrarrestar los efectos letales de la cultura de la muerte. Precisamente esa renovación del tejido social se puede lograr con lo que siempre predicó Monseñor Escrivá de Balaguer: que los cristianos debemos estar en todos los ambientes. Concluyo citándolo textualmente: *En todos los sitios donde una persona honrada puede vivir, ¡ahí! tenemos nosotros aire para respirar; ¡ahí! debemos estar con nuestra alegría, con nuestra paz interior, con nuestro afán de llevar las almas a Cristo. ¿En qué sitios? ¿Dónde están los intelectuales?, donde están los intelectuales. ¿Dónde están los trabajadores que trabajan cosas manuales?, donde están los trabajadores que trabajan cosas manuales. ¿Y cuál es mejor, de esos trabajos? Os lo diré como todos los días os he dicho: es mejor aquel trabajo que se hace con más amor de Dios. Y vosotros, cuando hacéis vuestro trabajo y ayudáis a vuestro amigo, a vuestro colega, a vuestro vecino, de manera que no lo note, le estáis curando, sois Cristo que sana, sois Cristo que convive, sin hacer ascos. (Tomado del libro Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei. Página 78).*

ALEXANDRA LORÍA. Licenciada en Derecho (Escuela Libre de Derecho, Universidad Autónoma de Centro América). Miembro de la Asociación Pro-Vida. Delegada Nacional en la Reunión Preparatoria de la Conferencia Mundial de la Mujer, Pekín.